

* *

Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte.... tú estarás dispuesta, y las bellezas del cielo se abrirán á tus ojos, que no habrán visto nada de las vanidades de la tierra!...

Cuando Dios dé sus órdenes á la muerte.... ¿estarán ellos dispuestos? ¿y qué provecho habrán sacado de las vanidades de la tierra que hayan visto?

* * *

¡Oh, vosotros los que no veis, rogad por los que ven!

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

LA EDUCACION EN COLOMBIA

EL HOGAR

Nada más importante, desde el punto de vista de la educación, que el hogar, como que es base del cuerpo social establecida por Dios mismo y crisálida moral de misteriosas energías donde se verifica la formación de un sér nuevo que nutrido lenta y secretamente habrá de salir un día libre á revelar las propiedades maravillosas de su sér.

Allí no está el individuo solo, no es la abstracción aislada á que la ciencia se ve forzada á recurrir en su afán de análisis, porque en la realidad el hombre no ha estado nunca aislado; el caso novelesco de un Robinson no ha existido sino por excepción. En el hogar se halla en embrión la humanidad entera: el hombre y la mujer unidos inseparablemente en consorcio para perpetuarse; allí se encuentra la generación que declina y la generación que viene: la herencia de lo pasado, los gérmenes fecundos de lo porvenir.

Es la familia una institución tan íntimamente humana y natural; de tal manera la especie reside por antonomasia allí, que fuera de la familia, el individuo sólo se considera como una promesa, y pueden estudiarse los dos

sexos, á pesar de los caracteres que los dividen, como si se borrara entre ellos tal barrera; y así se dice: el *hombre* comprendiendo en tal dicción á todos los seres humanos. Pero desde el momento en que penetramos los umbrales del hogar, aparece la distinción completa, y cada sexo se destaca allí en todo el esplendor de sus atributos distintivos. Nunca es el hombre más varón que cuando se halla de jefe del hogar, ni su consorte más femenina que cuando entra en el camino de la vida á la sombra y en unión del marido.

La importancia del hogar se mide mejor cuando se considera que el sér que nace á la luz no viene completo. Vulgarmente se piensa que una vez nacido el niño, es obra concluída; cuando, al contrario, podría decirse con razón que nunca acabamos de nacer. Al llegar al mundo, somos un cuerpo casi inerte que ajenas manos tienen que guardar y alimentar; más tarde, ya enriquecidos con todas las facultades sensitivas, tomamos de todos los objetos, de todas las palabras que llegan á nuestro alcance, alimento de sensaciones y de imágenes que acumuladas irán haciendo vivir la inteligencia y la razón; alimento de principios y enseñanzas, alimento de afectos, hasta que al fin con el transcurso de los años acabamos de vernos formados hombres con una organización física necesariamente completa, porque las funciones vegetativas son fatales: ó se cumplen ó el individuo perece; pero podemos muy bien resultar más ó menos completos, y aun muy incompletos intelectual y moralmente, porque el entendimiento y la voluntad libre pueden ser esmeradamente desarrollados ó carecer absolutamente de cultivo, sin daño para la vida animal del individuo.

Así pues, no termina la formación del sér con el nacimiento; y el niño que se desprende de la madre, requiere para subsistir una celosa protección para cada uno de sus actos, hasta cuando paulatinamente han acabado de perfeccionarse todas las potencias. De aquí se deduce la

tarea del hogar. Si fuéramos materia sola, los cuidados que tienden á conservar y desarrollar el sér como máquina orgánica, bastarían á satisfacer el cometido confiado á los padres en su carácter de tales; pero bien sabemos que desde que aquel organismo diminuto que sellama un niño, casi inconsciente, balbuce una palabra, un horizonte de otro orden se abre para su vida. Por encima de la máquina animal, aparece entonces otro mundo: el mundo de las creencias, de las ideas, de los afectos; el mundo del pensamiento y del corazón, que no debe su origen á la química orgánica; porque es una especie de contagio espiritual que despierta en nosotros la vida de la inteligencia y la vida de la pasión.

Y esta vida pide alimento lo mismo que la animal, y de tal manera, que si no lo encuentra preparado por la asiduidad y el celo paternos, lo tomará donde lo halle y como lo encuentre, fecundo ó estéril, sano ó envenenado; acabará luégo por habituarse á tal nutrición, y con esos materiales se formará para dar los frutos dulces ó amargos que se engendraron de ella.

Tal es el proceso moral de la vida doméstica, proceso en que actúan como causas eficientes, por caminos distintos, el padre y la madre.

Ahora bien: considerando la influencia decisiva del hogar sobre la generación que se forma, y que es á los padres á quienes toca, sin que pueda haber sustituto en tal tarea, realizar esa influencia; considerando que por ser decisiva y casi irreparable, entraña una responsabilidad inmensa, sin exagerar puede decirse que decide de la ventura ó del infortunio de los hijos, y cualquiera comprende que es un cargo delicadísimo, y que en tal sentido, para llenarlo siquiera medianamente, se impone la necesidad de una preparación. Pero con razón observa Spencer que en este campo lo abandonamos todo á la naturaleza y al instinto, y que mientras se pone gran cuidado en perfeccionar las razas de animales, á nadie se le ocurre preparar al hombre para que sea buen padre de familia; es decir, para

que llene debidamente las excepcionales obligaciones que para con el hijo le competen, y sepa explotar en tiempo precioso el admirable terreno que tiene en sus manos. En Colombia existe una preparación: la inculcada por el medio, y así se cumple con los deberes paternales, poco más ó menos, como cumple el vecino, el pariente, ó cumplen en general los individuos del pueblo en que se vive. Si esto es preparación ó se admite como tal, hay que confesar que es muy deficiente, muy incierta y sobre todo informe y heterogénea pasando de una á otra localidad. La mayor parte de los padres por sí mismos no son capaces de hacer nada por sus hijos, como no sea atender á las necesidades materiales. Imposibilitados así por la ignorancia para trabajar por sí mismos, unos esperan que el niño sea un animalito de seis ó siete años, para descargarse en el maestro; otros, aún más inconscientes, no forman plan ninguno.

En algunos no es la ignorancia la causa de este abandono. Saben que sobre ellos pesan tremendas responsabilidades, pero no tienen empacho en desoír la voz de la conciencia, y con hacer cualquier cosa creen haber llenado su deber. No es la enseñanza técnica de los padres que andan en medio de las preocupaciones de los negocios, es la conducta metódica, sana, uniforme, del hogar, lo que educa al espíritu del niño y el medio que el padre tiene para influir en su hijo; es su propia educación, son sus ocupaciones ordinarias, sus gestos, sus movimientos, sus aficiones, lo que forma el alma del niño, en una edad en que, sediento de saber, absorbe todo con los ojos, lo aprende, se lo asimila.

En las clases sociales más educadas, el corazón se impone sobre la razón serena; y el padre vive con el pensamiento constante de formar á su hijo, intención sana que pocas veces se traduce en ventaja positiva y sí muchas veces en detalles ridículos, hijos más del capricho que del razonamiento.

Pero si el colombiano es en su generalidad semejante al bosquejo que trazamos en la parte anterior, no podrá ser

de otra manera en su casa, y se comprende fácilmente que teniendo por padre un individuo así, mal educado en el entendimiento, mal educado en la voluntad, de carácter inconstante, el hijo se habrá de resentir del contacto de tales hábitos y que su educación doméstica dejará mucho que desear.

La mujer, según el orden natural, ha sido formada para ser madre. ¿Qué educación recibe entre nosotros para el desempeño de tan augusta misión?

En su carácter ordinario, la mujer se presenta como un ser complementario del hombre. De éste es la fuerza, á aquélla pertenecen la gracia, la suavidad, la delicadeza, que son como el perfume de su esencia femenina.

Siendo tales caracteres brote espontáneo de la mujer, y viniendo en gran parte de las dotes naturales, mucho menos podrían faltar en Colombia, en donde con orgullo puede decirse que la mujer ha sido excepcionalmente dotada por la Naturaleza.

Examinando su constitución intelectual y moral, casi nos inclinamos á opinar con algunos antropólogos que la mujer representa un desarrollo del ser humano más perfecto que el hombre. Son admirables su rapidez de percepción intuitiva, su espiritualidad, su nobleza, su desprendimiento, su abnegación. Posee en grado notable excelentes cualidades artísticas. Sobrepuja á los hombres en memoria. En niñas graduadas maestras hemos tenido ocasión de observar la completa asimilación que han hecho de sus estudios. Goza la colombiana de un corazón inclinado naturalmente á todo idealismo noble y grande, hasta poderse decir que en el corazón de las mujeres es donde se ha refugiado el poco patriotismo que aún queda en Colombia. La espiritualidad domina todos sus actos, y su corazón rebosa de entusiasmo por todo lo grande y lo bello.

Así favorecida por la naturaleza, se comprende que la mujer entre nosotros haya conquistado para sí una cul-

tura que se aviene muy bien con el brillo de la juventud. En la mayor parte de los institutos para señoritas se atiende con esmero á todo lo que contribuya á dar realce á las gracias naturales de la juventud femenina, y si en rigor tal cultura puede calificarse de superficial, confesamos que para nosotros, que buscamos el aspecto completo de las cosas, es una superficialidad imprescindible. Agréguese lo hondo, lo sólido de las creencias católicas de nuestras damas; creencias que ellas transmiten sin mengua á sus hijas, y que se traducen en piedad ilustrada, y en cristianas virtudes que llegan al heroísmo de la abnegación y el sacrificio.

Faltan en ocasiones, sin embargo, ciertas enseñanzas positivas encaminadas á hacer de la niña una buena esposa y una buena madre, que la inicien en el arte práctico de la higiene y de la educación de sus hijos; que le sirvan de guía en todos los detalles de la vida del hogar, y la habiliten para obrar no á oscuras por instinto, sino consulta y atinadamente, y le eviten mil trances difíciles y amargos para ella y consecuencias irreparables en sus hijos; todo esto, sin perjuicio del recato virginal, que es preciso conservar como un tesoro. Sólo existe entre nosotros tal enseñanza en la forma del ejemplo materno, superabundante en cuanto al corazón se refiere, pero insuficiente por el lado técnico, cuando no basta la adivinación del amor para suplir la escasez de conocimientos.

Y por eso el caso ordinario es ver á la esposa sin aquella preparación, agotando su amor en el deseo de hacer á su hijo perfecto, tratando de explotar el tesoro que por instinto sabe que tiene en sus manos, sin obtener el apetecido fruto de sus labores.

Qué cuadro tan distinto presenta la madre que teniendo noticia del estado intelectual del infante; que conociendo, aunque sea de una manera muy general, las leyes de su desarrollo, lo vigila y dirige inteligentemente con una pa-

labra, con una imagen, con un objeto aquella sensibilidad, aquella imaginación, aquel entendimiento que empiezan á nacer.

No sería el caso de pedir un conocimiento científico, pero sí son posibles y tienen perfecta cabida las reglas más generales de higiene, de educación física, de la facultad imitativa, etc.

Se aguarda á que la escuela, el texto, el institutor lo hagan todo, y se pierde para la obra de la educación la época de mayor plasticidad mental, cuando se puede modelar sobre un alma como sobre blanda cera. Lapso perdido irreparablemente, porque tratándose de los fenómenos que se realizan en el desarrollo de un ser, el tiempo de hoy jamás será el tiempo de ayer, cada momento tiene su papel especial, y mañana no podrá hacerse lo que debió hacerse hoy. Pero el descuido en suministrar una educación conveniente no quiere decir que el espíritu permanezca inerte, vacío; como decíamos atrás, la naturaleza no se destruye fácilmente, ninguna facultad se extingue sin que libre antes ruda y obstinada batalla por conservar su existencia; quiere vivir á todo trance y busca su objeto, el alimento que le es propio, y á falta de buena nutrición la toma como la encuentre. Y tal es lo que acontece en el caso de que tratamos, porque faltando una buena educación, el espíritu se colma de malos hábitos. En términos matemáticos puede decirse que si no se inculcan buenas costumbres como cantidad positiva, el espíritu no permanece en el cero, sino desciende á cantidades negativas; esto es, adquiere, en vez de buenos, hábitos perversos.

El hogar es la primera escuela, escuela de carácter único por las mil circunstancias que lo favorecen: es la fuente de todas las virtudes públicas, porque cronológicamente viene primero y echa las bases que necesariamente han de decidir de la conducta del individuo. Podrían citarse aquí á millares las opiniones concordes de todos los pedagogos, desde los tiempos clásicos hasta hoy sobre este

punto, y sólo puede atribuírse á una ignorancia semibárbara el desconocimiento ó el olvido de la importancia inapreciable que, en la educación ulterior del hombre, tiene la temprana educación del hogar, irremplazable por la acción de la escuela ó el colegio.

Hay padres que no pueden dirigir la educación bajo su dirección inmediata hasta formar un hombre completo, apto para proporcionarse la vida de un modo seguro y cierto. Pero imposibilitados para llenar tan difícil tarea, no tratan de regularizar sus relaciones con el instituto, informarse del plan de estudios, consultar las aficiones particulares de su hijo y formar una especie de coalición con el maestro para que, prestándole todo su apoyo moral y obrando en todo armónicamente con él, alcancen juntos lo que aislados son incapaces de hacer.

La inquietud que caracteriza á los niños es una carga insoportable en la casa. Esa movilidad, que es un admirable indicio de un espíritu despierto, de un temperamento activo que busca ocupación y que sería disposición feliz en manos que supieran dirigirla y explotarla hábilmente, es la pesadilla eterna de algunos padres, que sólo esperan la primera oportunidad de verse libres de aquel estorbo mandándolo á la escuela. En tal estado las cosas, se le notifica al niño su próxima entrada á la escuela como un castigo á su movilidad, á su atolondramiento.

Pues que en la casa vive molestando, irá á la escuela como á un establecimiento correccional. De esta manera se le inculca el horror á todo lo que dice orden á la instrucción. En vez de hacerle amables todos los ejercicios del espíritu se le hacen aborrecibles, porque ordinariamente se le imponen como castigos, y si se hace alusión al libro, al maestro, etc., es en el mismo tono con que se les nombra el *coco*. ¿Qué intenciones, qué inclinaciones se producirán en aquellas tiernas almas con semejante conducta, con tan atinada dirección?

La escuela, ese ogro misterioso que aguarda á los niños para aterrarlos, debe hacerlo todo, debe edificarlo todo,

á despecho del tiempo perdido, de los malos hábitos adquiridos; del ejemplo, en ciertos casos muy poco educativo, de los padres; á despecho de las malas influencias del medio.

No se sabe que la educación principia en el hogar, se continúa en el instituto y se termina en el medio social, y que estos tres centros deben obrar armónica y concertadamente para llegar á producir una educación completa que merezca el nombre de tal.

Se piensa por muchos que la escuela, el instituto, es una especie de fábrica mágica, algo así como aquellas máquinas de que hablan los viajeros al Norte, en su afán de ensalzar las maravillas que vieron, máquinas en donde se introduce un cerdo por un lado, y sale por el otro una silla de montar; entre nosotros se cree que á la escuela pueden enviarse los materiales más incultos, más primitivos, para que salgan apuestos caballeros, profundamente eruditos, conocedores de la vida; que habrán de hacer y deshacer capitales, posiciones públicas, altos empleos.

Cuando lo que se busca no es el brillo efímero y positivo de un barniz superficial, cuando se quiere en la educación algo duradero y fecundo, cuando lo que se intenta y se pide es la verdadera conversión del individuo, de inculto, indisciplinado, en un hombre civilizado, útil, entonces es necesario ahondar en las últimas capas de la conciencia, sorprender el espíritu del niño cuando aún no ha aprendido nada, ileso como una página blanca sobre la cual puede muy bien escribirse en letras de oro; es necesario apoderarse de la voluntad, despertar en ella el entusiasmo, la simpatía, hasta llegar á la adhesión inflexible á un ideal, de manera que ya no sea el ideal extraño que palabras ajenas le acreditan, con el celo del que alaba el artículo que vende, sino el propio ideal, que suplantando las desarregladas tendencias de nuestro yo, acaba por dominar y regir nuestros actos y dar forma y unidad á nuestra vida.

Pero tal educación no reside en un libro; y el instituto más perfecto, aislado, es incapaz de comunicarla. El libro, el instituto, obran sobre el individuo, es cierto, pero su acción es parcial. El hombre es en realidad un cosmos en pequeño, y con un esmero superior al que se requiere para lapidar la más preciosa piedra, necesita ser limado por mil faces distintas. Para conseguir esto se impone la acción aunada del medio, del instituto, del hogar, acción uniforme, armónica en su conjunto y acorde en sus fines.

LA SOCIEDAD

La sociedad, unidad colectiva formada por individuos unidos por la aspiración á un fin común, reflejará en su masa total los caracteres de esos individuos, á la manera que el todo resume la naturaleza de las partes que lo componen.

Pero los agregados sociales son organismos que requieren muchas centurias para su desarrollo, y los rasgos que los caracterizan sólo se definen con el transcurso de un lapso secular. Tales son las costumbres, que de ninguna manera pueden resultar hechas por medios artificiales, cuyo gran factor es el tiempo, y que iniciándose paulatinamente no se sabe de antemano cuándo llegarán á definirse perfectamente é individualizar á cada pueblo.

Es un imposible moral que un pueblo joven las tenga: con nada puede suplirse la vida de muchos siglos. Las naciones adultas las tienen profundamente arraigadas, y estos modos constantes de obrar contribuyen en ellos á la estabilidad en todas las relaciones sociales, son la mayor prenda de normalidad, porque todo, en tales sociedades, se halla informado por el hábito.

Con nada puede suplirse la acción del tiempo, y es un imposible moral que un pueblo joven las tenga, y no habiendo costumbres sociales se comprende fácilmente que todo sea en estos pueblos mutabilidad é inconsistencia.

Mas esta inconstancia no es en sí un defecto, y puede convertirse en cualidad. Porque ella es la ductilidad de la edad temprana, la facultad de amoldarse, de aprender. Es el rasgo característico de la niñez. Es la blandura de la arcilla tierna para ser amasada fácilmente por las manos que la tomen.

Así se explica naturalmente en los pueblos nuevos aquella inestabilidad en las formas políticas, aquella sed de cambios, á cuya influencia se debe que toda organización resulte débil y que la arquitectura social, edificada con materiales aún no suficientemente sólidos, se deshaga al menor embate, no asuma esa resistencia inconvencible de que disfrutaban los organismos seculares.

Esta condición mudable es una especie de marea constante, de equilibrio inestable en donde lo característico es el desequilibrio de las partes. Surge entonces la lucha entre dos corrientes principales: la civilización y la barbarie; la una, que busca por la política, por la ciencia, por el arte, por el trabajo, una vida más elevada; la otra, que resiste con la tenacidad pasiva de la materia inerte ó con la acción positiva del espíritu cerril pronto á romper toda regularidad.

En los primeros pasos de la civilización es muy superior el número de iletrados, de naturalezas selváticas, desprovistas en su mayor parte de ideas de civilidad, gentes semiprimitivas que carecen de toda noción clara sobre el deber, la justicia, que no avalúan las ventajas de la equidad y del trabajo, y que no conociendo en su mayor parte el carril de la razón y de las leyes, difícilmente se ajustan á él.

Y como la mayoría está constituida por tipos de esta especie, en un medio así, la transgresión del orden es el conato constante.

La clase que representa la cultura se halla en lastimosa minoría, y aun esta clase se resiente en su conducta de la influencia anárquica del medio en que vive, y en la ne-

cesidad de adaptarse á él, procede, en la generalidad de los casos, en connivencia con tal estado y en contra de los principios que la animan. Y de tal manera se impone aquella manera de ser, por fuerza del número y de la masa, que los espíritus cultivados que logran adquirir cierto refinamiento en sus gustos, que viven consecuentes á una regla fija, fruto de una educación superior, se señalan entre todos, son tildados de extravagantes y aun de exóticos.

Hay poderosos medios para reaccionar sobre un medio ambiente: las leyes, las autoridades, la policía, la prensa; y debemos estar convencidos que mientras no se ponga toda el alma en esta labor, el medio será suficientemente capaz de desvirtuar los mayores esfuerzos del trabajo educativo en el individuo.

Ahora, se ha dicho que no hay en Colombia lo que pueda llamarse propiamente un carácter nacional. Y esta aserción tiene mucho de verdad. Si dominan entre nosotros la versatilidad, el desconcierto, salta á los ojos que no existe para el agregado colombiano un carácter que en el sentido estricto de la palabra es: *modo firme y constante de obrar con atención á un fin*, porque aquí ni hay constancia, ni ha surgido aún para la nación, considerada como individuo, una meta fija á donde tienda en todos sus actos.

Pero este hecho, que á primera vista parece deprimente, es en realidad la circunstancia más favorable para el porvenir nacional, porque de ahí mismo se desprende la posibilidad de corregir lo que haya de tachable; denuncia la facilidad en que estamos de enderezar todavía el tronco aún flexible, de podarlo y hacerlo crecer recto, pues las malezas que hoy lo hacen aparecer defectuoso no son estables; la masa es plástica y puede todavía moldearse maravillosamente á favor de una buena educación.

Pero si en el sentido estricto de la palabra no hay un carácter, sí hay rasgos dominantes, que afectan á la mayoría de los individuos, que se repiten con mucha frecuencia, y que aunque no sean definitivos, hoy se hallan en la

nación y podrían llegar á ser condiciones propias de la fisonomía nacional.

Al tratar del individuo, analizando señalamos los lunares más notables que se hallan en su sér moral.

No insistiremos sino sobre un rasgo que ha sido objeto de amargas censuras contra el pueblo colombiano. La pereza, la inercia que se notan en el individuo caracterizan también á la sociedad; la falta de preparación adecuada para las diversas ocupaciones de la vida; la falta de previsión señaladas atrás aparecen de manera tan notoria en el sér nacional, que podríamos citar, si no fuera una larga y dolorosa enumeración, infinidad de ejemplos de obras y empresas públicas que si han logrado salir de la categoría de proyectos, ha sido sólo para fracasar y quedar trunca desde su comienzo. Nuestra historia económica é industrial es una prueba continuada y viva de esta manera de ser. Asimismo nos domina la superficialidad: por el aparato, por el brillo se olvida y desprecia lo positivo. Y en lo físico, el pueblo, en general de una constitución sana y muy adaptada al medio, se ve degenerar bajo el flagelo de los licores alcohólicos y de aquel virus que reina donde no hay higiene ni moralidad.

Imposible hacer aquí otra cosa que apuntar este rasgo censurable; mas como presentando únicamente el lado sombrío, con justicia podría tachárenos de apasionamiento, es fuerza declarar que en compensación de aquellos defectos hay entre nosotros tendencias y manifestaciones elevadísimas y de mucho valor. Se cojea á menudo en la vida práctica, resultamos incapaces, pero no por inferioridad mental, porque abundan palabras, ideas, intenciones, concepciones bellísimas. La raíz de nuestros males está en la voluntad, porque somos teóricos admirables, pero difícilmente nos traducimos en hechos.

Delineado así en sus rasgos más salientes y generales dejamos el cuadro que nos ofrece el medio ambiente social colombiano; mas no terminaremos sin llamar la atención

hacia un punto principal: el predominio de los estudios teóricos.

Nada que se haya censurado más entre nosotros que el abuso de aquellos estudios que pueden titularse en conjunto liberales, en oposición á las profesiones mecánicas esencialmente prácticas.

Se dice que es agobiador el número de doctores en Colombia, que los jóvenes que alcanzan tal título se hallan en número tan desproporcionado con el actual estado de la nación, que entrañan un desequilibrio para los fenómenos económicos del país. A pesar de la ignorancia general del país concedemos que son muy numerosos los letrados, aún más: que constituyen una mayoría perjudicial y nociva para la vida práctica de la nación.

Damos por sentado, pues, que es excesivo el número de los que sólo aspiran al título de una facultad, de los que se entregan á las elucubraciones científicas: letras, artes, filosofía, medicina, jurisprudencia, etc. Todo hijo de vecino allá tiende; la mejor aspiración del buen agricultor, cuando piensa en sus hijos, allá se dirige; los desvelos de la madre no tienen otro fin; los sacrificios de muchas familias no conocen otro móvil. Y lo peor que en la obstinación que cada cual tiene de graduarse ó de que su hijo se gradúe, resulta lo que era inevitable: doctores que por el hecho de tener un título no son menores nulidades de lo que los hizo la Naturaleza; seres que por una aberración erraron su carrera, y que, mal que pese al diploma que exhiben, resultan á la postre vencidos en la implacable lucha por la vida.

Tal es el hecho, y á su alrededor se ha formado un verdadero clamoreo que busca el remedio con el extremo á que tiende toda reacción violenta, y no se pára á examinar qué causas fomentan y sostienen el daño, ni se fija en que siendo un efecto, como en realidad lo es, de un torcido criterio de la sociedad, es éste el que necesita del remedio.

Aunque las leyes reconozcan la igualdad de los ciudadanos de un país y la consagren como canon de su constitución, los hechos se encargan de romper el nivel ideal, y en la práctica toda sociedad se halla dividida, por lo menos, en dos grupos: directores y dirigidos. Ahora, exceptuando la sublime doctrina del Divino Maestro, todas las filosofías, todas las ciencias, las artes, buscan para el hombre el triunfo inmediato y el dominio material, y esa misma es la voz secreta de su propio corazón: el hombre, quizá por sed de libertad, desea más mandar que obedecer, ser director que dirigido. La sed de dominio habla en casi todos nuestros actos, y el anhelo de subir es uno de los hechos mejor legitimados. Ahora, el dominio nace del prestigio ocasionado por cualquier fuerza que nos acompañe, y para el caso que tratamos, nada que goce de mayor prestigio entre el pueblo colombiano que el título de doctor. Y si el tal título conquista para quien lo tiene honores, respeto, prestigio; si llega á serle como credencial que acredita sus aptitudes, si su radio de influencia es muy extenso, se comprende por qué la mayor parte de los jóvenes lo busquen como el medio más fácil de escalar una relativa altura que los aísla de la masa común y los convierte en personalidad más ó menos aventajada sobre los demás.

Pero es no sólo el título de doctor, es el estudio teórico de cualquier disciplina de orden intelectual, toda profesión especulativa, todo ejercicio que nos haga capaces de manejar una pluma, de enredar un discurso, de forjar un artículo, lo que basta entre nosotros para salir de la nada.

El trabajo honrado y humilde puede proporcionarnos una existencia cómoda, mas ¿cómo resistir á los tentadores halagos del amor propio, cuando estamos viendo con qué facilidad consagra la sociedad celebridades á diario?

Y no es sólo la gran masa ignorante sino la que puede llamarse clase elevada, la que alimenta aquella tendencia. Sí, es fuerza reconocerlo, la clase en que se supone acertado criterio, cuya sanción se considera llena de peso,

cuyo aplauso ó vituperio decide á la manera de tribunal social superior, es la que inconsciente aleja á los jóvenes de las profesiones prácticas manuales y útiles, y los lanza á los estudios de aparato y brillo. Relega á puesto muy inferior el trabajo en sus manifestaciones *materiales* industriales, mientras se deja seducir por las más triviales y comunes expansiones del ingenio.

Esto es evidente: entre nosotros se conceptúa *honrado* un oficio, pero jamás se le ha estimado *honroso*, y casi no nos atrevemos á decirlo, se le cree deshonesto! Al agricultor laborioso, honesto, que no tiene la exquisita cultura de los salones, se le llama peón; al que se hizo un capital con el sudor de su frente, jornalero; el comerciante es un mercachifle, y ya se sabe que en los círculos elegantes tales vocablos valen poco menos que un bofetón. Todo lo cual equivale á cubrir de oprobio á las profesiones útiles, engendrar el menosprecio por ellas, convertirlas en señal de inferioridad social y alejar de ellas á la juventud, que desea subir, que busca el éxito que persigue el triunfo.

Con semejante modo de ver las cosas no puede pedirse prosperidad material, ni hay por qué censurar á la juventud que, ansiosa de gloria, busca la honra en las condiciones con que la da quien debe darla. No es, pues, extraño ver á los jóvenes buscar el cultivo superficial del espíritu y huir de aquellas profesiones que se miran, por lo menos, con cierto retraimiento aristocrático por la sociedad culta. Quizá el éxito de los pueblos sajones no conoce otra causa sino que allí las cosas pasan de otra manera muy distinta y el trabajo honrado es esencialmente *honroso*.

Pero es preciso, como decíamos arriba, no irnos en la reacción al otro extremo, que sería peor que el primero. Porque hay demasiados doctores, no queremos suprimirlos todos; porque son excesivos en número los estudiantes de letras y ciencias, no acabemos con el cultivo de las ciencias y las letras.

En la primera parte de esta tesis dijimos cómo las artes y oficios prácticos se fundan en los estudios teóricos; y una nación de agricultores, comerciantes, industriales y mecánicos sin maestros que los enseñen, sabios que les den leyes, abogados que los defiendan, médicos que los sanen, artistas que les alcen el espíritu, sería una nación casi tan salvaje como las tribus de la Cafrería.

El trabajo intelectual es el más noble de todos, ya que el alma necesita como el cuerpo de alimento y vestido. No sólo de pan vive el hombre.

Menos doctores: los que estén superiormente dotados por la naturaleza para ello, en cambio que sean cada día más doctos.

ALBERTO CORADINE

(Concluirá)

EL GENERAL ANTONIO BARAYA

ERA BOGOTANO

Se ha tenido tanta seguridad de que el General Antonio Baraya fue natural de Girón, como de que el Libertador lo fue de Caracas ó el General Mosquera de Popayán. Los biógrafos del Prócer están de acuerdo acerca del lugar de su nacimiento, pero discrepan en cuanto á la fecha.

Los Sres. José María Baraya (sobrino del General), Vergara y Scarpetta y Constancio Franco dicen que nació en Girón en 1791. D. Marco Antonio Pizano, en su interesantísimo estudio sobre Baraya, publicado en el primer tomo del *Papel Periódico Ilustrado*, refuta á los que sostuvieron que había venido al mundo en 1791; afirma que nació en Girón el 11 de Junio de 1768, y para comprobar su aserción, transcribe copia de una partida de bautismo, que dice:

“*Diócesis de Nueva Pamplona—Ministerio Eclesiástico Parroquial*

“José Alejandro Peralta, Cura interino de la iglesia de San Juan de Girón, certifica: Que en el libro sexto de